

Julio Andrés Arias Vanegas.

Nación y diferencia en el siglo XIX colombiano. Orden nacional, racialismo y taxonomías poblacionales.

Bogotá: Cesó/ Uniandes, 2005. 180 páginas.

Este libro de Julio Arias analiza la elaboración y representación de la diferencia poblacional interna por una élite nacional que definió su posición dentro de un orden jerárquico. El trabajo expone los resultados de su tesis de maestría dirigida por la también antropóloga Zandra Pedraza.

Dos tendencias delimitan la propuesta de Arias. Al igual que Ana María Alonso, Nancy Appelbaum y Peter Wade, considera que la construcción de la nación no solo implica homogeneización, sino también la producción de un tipo de heterogeneidad que permite el establecimiento de jerarquías a su interior. A su vez hace eco de la teoría latinoamericana crítica del colonialismo, occidentalismo y los proyectos civilizadores (v. g. Aníbal Quijano o Walter Mignolo) al considerar el racialismo como una expresión de la colonialidad interna, pues naturaliza y ordena jerárquicamente las diferencias, de acuerdo a principios que ayudaron a definir a occidente como centro del mundo.

Su objetivo es doble: atender a los términos propios en que la diferencia poblacional y espacial fue elaborada y demostrar que el racialismo opera con distintas categorías y sistemas de clasificación. Esto es emprendido a través de textos naturalistas, geográficos, literarios, etnográficos y políticos, producidos por los letrados que ocupaban una posición privilegiada en el poder político nacional (Bogotá, Antioquia y Popayán). Bajo el supuesto de que la nación en el siglo XIX fue una construcción discursiva y una estrategia textual, el autor busca ver en las fuentes la representación de entidades geopoblacionales y de las diferencias como un escenario de definición y lucha identitaria. La originalidad de la obra reside en su propósito de “cuestionar el carácter político de la nación, las relaciones de poder que sustenta, sus formas de diferenciación, subordinación y marginación” (p. VIII).

La tesis central del libro es que la construcción de la unidad nacional en la Colombia del siglo XIX pasó por la creación de diferencias poblacionales regionalizadas y racializadas, para legitimar un orden jerárquico entre las élites y el pueblo nacional, como también entre las distintas poblaciones (p. XIV). En este sentido, la primera parte del texto analiza los fundamentos de la unidad nacional, mientras que la segunda indaga en la construcción de las diferencias internas.

En la primera parte del libro, Arias sostiene que en la nación, en tanto que ejercicio de poder que justifica la dominación sobre un territorio y una población por las élites asociadas a la formación del estado moderno, es necesario marcar distancias por medio de formas de diferenciación. En este sentido, la historia patria, las geografías y cartografías, la herencia hispánica y el catolicismo trazaron ejes diferenciadores de la población y así mismo permitieron la emergencia de la figura del pueblo desde la distancia con la élite.

[449]

[450]

En apoyo de este argumento, el autor señala que la escritura y la palabra dieron a la élite su identidad a través del poder de dar un orden y sentido a las diferencias dentro de un proyecto nacional. Una parte importante de este orden fue la construcción de un pueblo ideal distante, diferenciado y jerarquizado que fungía como un otro de las élites, y que, al ser caótico e ignorante, debía ser conducido. El saber de lo propio y popular construyó diferencias poblacionales aceptables en base a principios como el trabajo, la religión católica y la familia. Para Arias el mestizaje fue básico en la constitución de este orden nacional como elemento integrador, aunque fue múltiple de acuerdo a la articulación entre raza, trabajo y clima.

El autor menciona que el pueblo nacional también tuvo su otro en la barbarie de los indios errantes y los negros libertinos que habitaban fronteras internas y que amenazaba el orden económico, político, natural y simbólico de la nación. De este modo, esta primera parte del libro termina sugiriendo que el estado nacional se construye marginalizando y estableciendo jerarquías espaciales y culturales de acuerdo con un ideal de armonía entre condiciones ecológicas y un modelo de colonización y economía extractiva que requería un mercado de mano de obra.

La segunda parte del libro propone que tres modelos taxonómicos se trasladaron en la construcción de variedad de figuras humanas por la élite nacional: las razas, los tipos humanos y los tipos regionales. Arias sostiene que este ejercicio clasificatorio fue respaldado por categorías racialistas “desde las cuales las diferencias eran planteadas en una jerarquía de valores y naturalizadas por medio de una relación incuestionable entre la constitución social-moral y la constitución física individual y del ‘medio físico’” (p. 68). Considera que este racismo articuló la colonización de tierras bajas, el deseo civilizador, la inserción en la economía mundo capitalista y la clasificación de la población y la naturaleza, sustentando relaciones desiguales entre pueblos, regiones y centros de poder.

De tal modo, durante el siglo XIX, tanto el gobierno como las distinciones y relaciones entre poblaciones y territorios estuvieron mediados por diferencias raciales que se conjugaron con una jerarquía climática. Arias identifica trazas de la medicina hipocrática en la diferenciación poblacional y espacial propuesta por los criollos ilustrados. La distinción entre civilizados y bárbaros se naturalizaba al evidenciarla en los rasgos somáticos, los primeros siendo bellos y blancos habitantes de tierras altas, y los segundos oscuros y toscos moradores de tierras malsanas (bajas). El autor también halla una asociación entre los tipos raciales y la división del trabajo: negros para trabajos de tierra caliente, indios para trabajos en tierras altas. Sin embargo, sostiene que hacia mediados del siglo XIX la diferenciación racial trató de superarse con identidades locales o regionales compartidas, como resultado de un proceso colonizador que buscó integrar (nacionalizar) las tierras altas y bajas.

A través de literatura costumbrista y de viajes, además de algunas imágenes, Arias nos presenta los tipos neogranadinos más representativos como manifestación de la incursión del país en la economía agroexportadora y las relaciones de trabajo asociadas a la misma. Así, considera que “los campesinos del altiplano”, “los calentanos”, “los bogas”, “los cosecheros” y “los cachacos” eran descritos físicamente para fijar corporalmente sus diferencias asociadas a su medio físico y a sus actividades económicas. En el tratamiento de estos tipos humanos, el autor revela la proyección de la división internacional del trabajo al interior de la nación, de forma que mientras las élites se autodefinían como europeas, blancas, gobernantes y de tierra fría, definían a los demás como tipos humanos de tierra caliente y productores agrícolas y mineros. Consecuentemente, los proyectos de colonización de tierras bajas habrían marcado la explicación de la diferenciación espacial y poblacional a través del medio físico.

Cerrando esta segunda parte del libro, nuestro autor considera que hacia mediados del siglo XIX la actividad económica y colonizadora liderada por una élite de comerciantes y hacendados en ascenso promovió la emergencia de lo regional como medio de representar la diferencia poblacional y espacial. De este modo, los antioqueños laboriosos, los artesanos santandereanos o los llaneros ganaderos respondían a relaciones desiguales entre las regiones, y entre estas y el estado nacional, según sus posibilidades en el mercado nacional y en la economía agroexportadora. La diferencia regional, en estos términos, permitió a las élites de Bogotá, Antioquia y Popayán construir un orden jerárquico para posicionarse y fijar a los otros a un territorio y medio físico determinado.

“En suma, la construcción de la diferencia fue un escenario en el que al mismo tiempo (sic) que era definida la nación, era posible para las élites letradas, desde su pretendido poder escriturario, establecer relaciones de poder, subordinación, jerarquización y marginación entre *sus* otros propios, distantes o cercanos” (p. 137). Efectivamente, para quienes estén interesados en las formas en que las élites ilustradas pensaban la nación colombiana en el siglo XIX, *Nación y Diferencia* resulta una referencia ineludible.

No obstante, debido al carácter monográfico y novedoso del trabajo, caben breves observaciones, algunas de las cuales el propio autor reconoce en sus conclusiones. El libro ha dejado de lado que las identidades regionales tienen una larga historia que articula otras formas de identificación anteriores a la conciencia nacional, con lo cual las consecuencias de una experiencia colonial dentro del imperio español no son lo suficientemente valoradas. Adicionalmente, se ha dado preferencia al enfoque de colonialismo interno que se dirige más a la incursión del país en una división internacional del trabajo, dando preponderancia a los determinantes externos sobre las articulaciones interregionales o locales. Del mismo modo, y considerando que la definición de identidades es relacional, el texto ofrece una visión de la nación desde la élite, mas no ahonda en las construcciones adelantadas desde los propios grupos subordinados y la

[451]

manera como se articulan con las producidas por el poder ilustrado. Ahora, desde el punto de vista metodológico, si bien el texto incluye imágenes, sería interesante enriquecer el análisis a través de un estudio iconográfico detallado que relacione texto, contexto e imagen. En cuanto al periodo temporal, cabe señalar que es considerablemente extenso como para no identificar los matices consiguientes que un periodo vacilante de transición entre el régimen colonial y un proyecto republicano implica.

[452]

Para terminar, su enfoque de la tensión entre unidad y diferencia ofrece una perspectiva novedosa para el tratamiento de la construcción nacional como una organización jerárquica de las diferencias en base a una historia moral y de civilización, en la que procesos como el mestizaje adquieren nuevos significados. Sin duda, su mayor aporte reside en la aproximación a las diferencias poblacionales y territoriales como construcciones sociales inmersas en contextos históricos y correspondientes a motivaciones políticoeconómicas particulares.

ÓSCAR JAVIER BARRERA AGUILERA

Universidad Nacional de Colombia, sede Bogotá

ojbarreraa@unal.edu.co

María Mercedes Botero.

La ruta del oro. Una economía exportadora: Antioquia 1850-1890.

Medellín: Universidad EAFIT, 2007. 289 páginas.

Uno de los fundamentos de la economía colonial de la Nueva Granada fue la extracción de metales preciosos, particularmente de los placeres auríferos; lo cual, conjuntamente con la utilización de la mano de obra esclava, hicieron que la experiencia de la Colombia colonial fuera completamente distinta a los otros espacios controlados por la metrópoli española. Pero, además, se trata de una experiencia completamente marginal, pues no fue en nada comparable con el volumen y el valor de la producción de plata de la Nueva Castilla y de la Nueva España, como tampoco de la producción aurífera del Brasil colonial.

La producción del oro, medida en términos del *quinto*, más allá de las conocidas dificultades que genera la utilización de este indicador, fue de medio millón de pesos entre 1715 y 1719. A mediados de ese siglo aumentó a un promedio de 650.000 pesos por año, para cerrar el siglo con un promedio anual de dos millones de pesos. Este incremento muestra a la vez el desplazamiento de los espacios mineros del Chocó y de Popayán, que produjeron hasta mediados del siglo el 76% del total de oro, por el de Antioquia, que pasó de producir de un 12% a un 30% entre los inicios y el fin de la centuria.

* Anthony McFarlane, *Colombia Before Independence: Economy, Society and Politics Under Bourbon Rule* (Cambridge: Cambridge University Press, 1993. 1993) 81-82.